

DE ENCUENTROS Y SOLEDADES

Por Lic. Adriana Piterbarg

Tratándose de **encuentros y soledades** podría comenzar diciendo que en este contexto cotidiano **encuentro** más **soledades** que **encuentros**, o tantos **encuentros** de **soledades** como **soledades** de **encuentros**. **Soledades** que confluyen, que se enfrentan, que se **encuentran**.

Atravesamos situaciones plagadas de incertidumbres, corridas, apurones, presiones económicas y de las otras. Presiones que se cristalizan en el cuerpo disfrazándose de los más diversos padeceres. Cuerpos despoblados de otros que transitan sin detenerse en el estar. El **“aquí-ahora-contigo”** se va esfumando en un presente que no ocurre, se escurre, pasa vertiginoso sin abrir la posibilidad de demoras. Construimos una realidad social donde reina el **“salvese quien pueda”**, donde más que nunca cabe el **“punto y coma, el que no se escondió se embroma”**, y nos escondemos, nos embromamos, dejamos de jugar y de jugarlos... Patologías de un presente sin presente, diferentes adicciones, pánicos, stress, enfermedades psicosomáticas. Tiempos modernos, movernos, no vernos. Apurarse a detener el tiempo antes que el espejo se arrugue, antes que la autoestima se diluya, antes que las canas se aclaren o las ideologías se oscurezcan. Aumentan las corridas y el desinterés recíproco, vamos fabricando corazas aptas para la masificación y el aislamiento. **Masificación aislamiento** que no dejan de ser la misma cosa, confundirse entre los otros desintegrando la propia singularidad, o replegarse sobre un mundo interno vaciado de voces y presencias.

Cuerpos como depósitos encadenados al perdurar, soledades acentuadas que engordan día a día con la cultura light, una **soledad sin edad**, que nos pasa y nos pesa aunque intentemos revolearla como a un poncho.

Transcurrir en un estar circulante de soledades, somos con otros que tampoco están en el ahora.

El **consumohombre** postmoderno, perfecta creación de una sociedad de consumo.

“Dime cuanto consumes y te diré quien eres...”

Consumimos objetos y bienes materiales tan imprescindibles como descartables, pero también consumimos modos de relación. Relaciones esporádicas, miedo al compromiso, transas, acciones conjuntas debilitadas donde el otro es un intercambiable más.

Intricadas problemáticas cotidianas que nos inundan y al mismo tiempo nos sirven de escudo para no mostrar...

Bien, o te cuento...

O algunos pocos avezados que en el umbral de la desesperación te piden **“una oreja”**, no por creerse Van Gogh, sino por necesitar de una escucha, **“¿una oreja?”** como si uno no escuchara también con los ojos, con la nariz, con la piel, con el estómago...

“Bien, o te cuento...”

“Bien, o te miento...”

“Bien, o reviento...”

Y... **¿dónde estás interlocutor de mis decires que no te puedo encontrar?**

Una escucha interesada produce efectos, y no sólo en el trabajo con pacientes psicóticos, en una sociedad donde impera el desinterés general, resulta necesario rescatar la interacción como un lazo propicio para anclar en lo real. Anclar, depositar los pies en el ahora, aprovecharlo, exprimirlo, saborearlo...

El punto de partida para destrabar soledades es el abrigo de la recepción de un otro.

Un otro que desde el rol de interlocutor promueva la circulación de la palabra, fabricando una modalidad de escucha significativa, permitiendo una salida operativa al aislamiento, recuperando al menos una brizna de subjetividad.

Dame tu escucha y vamos ya...pero ¿adónde? ¿Cuál es el espacio destinado al vínculo?

Espacios reales y virtuales que acortan lejanías y alejan proximidades. Confieso que me atrapan y mucho los nuevos cybervínculos que supimos conseguir. Que difícil de explicar esa cercana comunicación a la distancia, esa maravillosa sensación de sumergirse en un buzón electrónico y encontrarse quizás con quien, quizás desde donde, quizás para qué...

Contactos sin tacto, compañías oportunas que desde una pantalla pueden adquirir profundidades inesperadas. Como escribe la protagonista de **“Tienes un e-mail”**:

“Lo raro de esta forma de comunicación es que te lleva a hablar de nada en vez de algo, pero toda esta nada ha significado más para mí que muchos algos.”

Pienso que navegamos por Internet como nos movemos en lo real, medio a la deriva, buscando sin saber muy bien que, pero buscando, y en esa búsqueda encontramos diferentes grupos. Grupos vulnerables y terapéuticos; grupos de formación, de información, de formas múltiples y variadas; grupos de autoayuda, para adelgazar, engordar, dejar de fumar, volver a fumar, subir la autoestima, bajar el colesterol. Tantos objetivos y una misma conclusión: todavía hoy en día el grupo puede ser pensado, como lo proponía Lewin, como un dispositivo apto para diversos fines, pero ojo que hay grupos que son puro grupo.

Creo que el riesgo entonces es que un grupo se convierta en un lugar para el desagote mutuo, un depósito de soledades por compartir, una sumatoria de discursos deshilvanados, de monólogos paralelos sin entrecruzamientos, donde las copresencias estén articuladas por un “como sí” de ficciones.

Pero si el encuadre es lo suficientemente claro, un grupo puede ser un espacio apropiado para el encuentro, y no hablo sólo de encuentros conceptuales, sino de encontrar la posibilidad de volver a poblarse de voces, de destejer frases hechas, de permanecer despiertos y disponibles al vínculo. Es cierto que un grupo es más que la suma de las partes, múltiples pensamientos y sentires que fluyen desparramándose por los rincones más ocultos del yo facilitando respuestas a situaciones inconclusas.

En un grupo podemos encontrar la ocasión para demorarnos. Demorarnos en el estar próximos, con la intensidad suficiente para desplegar escuchas y decires, para discurrir en las palabras del otro, para estar escuchante de las propias ideas y de lo indecible, todo aquello que provoca el encuentro más allá del discurso verbal, considerando al encuentro con la misma profundidad que lo hacía J.L. Moreno.

*“Yo te arrancaré los ojos
y los colocaré en el lugar de los míos
y tú me arrancarás los ojos
y los colocarás en el lugar de los tuyos,
y yo te veré con tus ojos
y tu me verás con mis ojos...
Y nos encontraremos”*

Encontrarse, permanecer, ser con otros. Así como en lo corporal la piel es al mismo tiempo zona de contacto y de límite, las palabras del otro son el puente que marca acuerdos y diferencias.

**Encuentros, mágicos momentos que dilatan los sentires,
que abren puertas acariciando el alma,
encuentros que respaldan la razón, acrecientan latidos,
deleitándonos con un sabor indescriptible.
Encuentros poblados de sonidos que acunan, habilitan, motorizan,
despertando las ganas de demorarse.**

Con el devenir de la propia historia algunos vínculos van perdiendo consistencia, pero también hay encuentros singulares y únicos que nos encienden de ganas las ganas, convirtiéndose en una clara **invitación al vínculo**.

*Intento vincularme con lo que veo de vos,
lo hago porque veo que lo necesitás,
porque siento que lo necesito.
Porque no tengo nada mejor que hacer,
porque es lo mejor que puedo hacer,
porque es lo que quiero hacer.
Lo hago por otros vínculos
que todavía laten en mi mundo interno.
Lo hago porque no puedo evitarlo,
lo hago porque no quiero evitarlo,*

*lo hago porque lo que veo de vos
es una clara
invitación al vínculo.*